

LAURA RUIZ JIMÉNEZ

La Venezuela fracturada de Hugo Chávez

Venezuela está sumida en una delicada situación política, con su ciudadanía dividida en dos bandos irreconciliables. Los enfrentamientos en las calles y el desalojo de Hugo Chávez de la presidencia durante dos días han mostrado la fuerza e impaciencia de la oposición, pero también la confianza que parte importante de la población mantiene en él. Entender el porqué del respaldo a un dirigente que en el pasado intentó dos golpes de Estado contra un Gobierno democrático, exige situarse en el contexto de la aguda crisis económica que vive el país y considerar la responsabilidad de los partidos tradicionales en su triunfo electoral. La actual tensión es consecuencia de la forma de ejercer el poder del presidente y de las políticas que trata de aplicar en contra de una oposición que se ha movilizado después de tres años. Venezuela constituye una importante llamada de atención, porque la quiebra del sistema tradicional de partidos y el aumento de la desconfianza en la democracia que hicieron posible el triunfo de Hugo Chávez son elementos reconocibles en otros países de América Latina.

Lo ocurrido en Venezuela, entre el 11 y el 14 de abril, ha puesto de manifiesto la tremenda división entre los venezolanos, y ha reabierto el debate entre quienes defienden una democracia de partidos como marco de resolución de conflictos y quienes consideran aceptable el personalismo al margen de las instituciones mientras existan expectativas de mejorar económicamente. La salida de Chávez se produjo en el marco de una huelga general indefinida convocada para el 9 de abril por la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), a la que se unieron los partidos tradicionales y la patronal empresarial Fedecámaras. Dada la masiva respuesta ciudadana, el secretario de la CTV, Carlos Ortega, y el presidente de Fedecámaras, Pedro Carmona, hicieron el 11 de abril un llamamiento a la población para acudir al Palacio de Miraflores a expresar su rechazo al presidente. La marcha terminó con los enfrentamientos entre opositores y partidarios de Chávez que provocaron una decena de muertos y forzaron su salida de la presidencia por dos días.

Laura Ruiz Jiménez es directora del Master de Cooperación Internacional del Instituto Universitario Ortega y Gasset

El golpe cívico-militar contra Chávez fue la culminación de crecientes movilizaciones de la oposición incapaz de articular una respuesta común contra el régimen hasta la exitosa manifestación realizada en Caracas en diciembre del año pasado. Desde entonces, estudiantes, sindicatos, partidos y ciudadanos han mostrado en las calles su rechazo a las decisiones y el modo de gobernar del presidente. En febrero, miembros de las Fuerzas Armadas se sumaron a estas protestas al pronunciarse públicamente contra él.¹ Las movilizaciones civiles y la intervención decidida de las Fuerzas Armadas contra el presidente evidencian la fuerza creciente de los sectores que se oponen a él. Pero la sustitución de Chávez por Carmona, máximo representante de los empresarios, también plantea la falta de coordinación y acuerdo en la oposición sobre cuál debe ser el camino a seguir por Venezuela. Carmona suspendió la institucionalidad vigente y renunció a una pronta convocatoria de elecciones perdiendo así el apoyo de las Fuerzas Armadas y de los sindicatos y partidos responsables de las protestas. En cualquier caso, el regreso de Chávez a la presidencia el 14 de abril no debe ser interpretado como muestra de la consolidación de su poder. El presidente ha podido comprobar la fuerza de los grupos alzados contra él a los que no podrá seguir ignorando como hasta ahora. Consciente de tal situación, Chávez mantiene desde su vuelta a Miraflores una actitud conciliadora de la que son muestra las Mesas de Diálogo recientemente creadas en las que tiene presencia la oposición y que debatirán sobre el futuro del país. El conflicto ha quedado paralizado momentáneamente, aunque los anti-chavistas seguirán utilizando las calles para expresar su descontento y para exigir una convocatoria de elecciones que permita zanjarlo.

Hugo Chávez, presidente electo de Venezuela, ha sido capaz de realizar una profunda reforma institucional que le ha otorgado capacidad para imponer sus decisiones sin que medie sobre ellas control alguno. Venezuela es hoy una democracia “delegativa”, un régimen que bajo la formalidad de las instituciones democráticas concentra el poder en un líder que ha demostrado poseer un elevado autoritarismo.² La gestión de Gobierno de Hugo Chávez ha logrado movilizar a una oposición sumida hasta hace poco en el desconcierto y sin un programa creíble con el que enfrentar al presidente. El hecho de que Chávez quedara el primero en las elecciones presidenciales de 2000, que registraron una abstención del 44%, ayuda a entender la violencia de los enfrentamientos actuales y la discusión existente en torno a la legitimidad del Gobierno.

Percepciones de la crisis económica

Hugo Chávez ganó las elecciones presidenciales de 1998 como candidato del Polo Patriótico, una abigarrada coalición de partidos en la que tuvieron cabida

¹ El primero fue el coronel de aviación Pedro Luis Soto, que el 7 de febrero aprovechó su presencia en un programa de televisión para pedir la renuncia de Chávez. Después de Soto, otros altos cargos del ejército han hecho llamamientos similares.

² Ludolfo Paramio, “Perspectivas de la democracia en América Latina”, en E. Fabián (comp), *Responsa Iuris Peritorum Digesta*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2000.

desde el nacionalista Movimiento V República (MVR), que él mismo fundó, hasta el Partido Comunista de Venezuela (PCV). Grupos de características tan dispares coincidían, no obstante, en los dos puntos centrales de sus programas: la lucha contra la corrupción, considerada responsable de la pobreza y la crisis económica venezolana, y el rechazo frontal a los programas de ajuste de corte neoliberal. En esas elecciones Chávez logró el respaldo del 56,20% de los ciudadanos, mientras su principal rival, Enrique Salas Römer, apoyado por los partidos tradicionales Acción Democrática y COPEI, obtenía el 39,97% de los sufragios.³ Las cambiantes alianzas que realizó la oposición durante toda la campaña ilustran el desconcierto de los partidos ante el imparable ascenso del ex militar, y la desconfianza de los ciudadanos en las posibilidades de gestión de las organizaciones políticas tradicionales.⁴

En el triunfo electoral de Hugo Chávez jugaron un papel fundamental las percepciones que los venezolanos tienen de la profunda crisis económica que desde hace dos décadas afecta al país, y que ha colocado al 68% de la población por debajo del índice de pobreza. La mayoría de los venezolanos está convencida de que su país, por sus recursos petroleros, es enormemente rico y que la pobreza es consecuencia de la corrupción de los políticos que malgastan o se apropian de los beneficios que genera.⁵ En realidad, y pese a la corrupción, la crisis es resultado del agotamiento de un modelo de crecimiento basado en la exportación de petróleo que funcionó muy adecuadamente durante décadas. Desde 1910 el petróleo no fue sólo motor de crecimiento y modernización, sino que favoreció la aplicación de políticas redistributivas que hicieron de Venezuela una de las democracias menos desigual y más estables de América Latina. El sistema rentístico-petrolero comenzó a dar signos de agotamiento en los años setenta, al ser incapaz de hacer frente a los crecientes gastos del Estado venezolano. A mediados de la década de 1980 quebró siendo necesario adoptar algunas medidas de ajuste.⁶

El presidente Carlos Andrés Pérez (AD) fue el encargado de aplicar, en 1988, políticas de control del gasto denominadas “Gran Viraje”. Considerando tales medidas innecesarias, los ciudadanos se enfrentaron a la subida en los precios de productos básicos y del transporte recurriendo a la movilización social. El “Caracazo”, de febrero de 1989, se saldó con la muerte de civiles y la intervención del ejército. Convencidos de vivir en un país rico, fue extremadamente difícil para la ciudadanía aceptar las reformas. Pérez quedó en tal situación de debilidad que fue

*En el triunfo
electoral de
Hugo Chávez
jugaron un
papel
fundamental
las
percepciones
que los
venezolanos
tienen de la
profunda
crisis
económica*

³ Acción Democrática (AD), socialdemócrata, y COPEI, democristiano, fueron hasta ese momento los partidos que se alternaron en el poder desde 1958.

⁴ Margarita López Maya y Luis E. Lander, “Triunfos en tiempo de transición”, *América Latina Hoy*, Universidad de Salamanca, abril de 1999.

⁵ Moisés Naim, “La Venezuela de Hugo Chávez”, *Política Exterior*, julio de 2001, N° 82.

⁶ Sobre el modelo rentístico petrolero: Luis Pedro España, *Democracia y renta petrolera*, Universidad de Caracas, 1989; y Margarita López Maya y Luis E. Lander, “La transformación de una sociedad petrolera-rentista”, en Pilar Gaitán y Eduardo Pizarro (comp.), *Democracia y estructura económica en América Latina*, Bogotá, 1996.

expulsado del poder antes de terminar su periodo presidencial.⁷ Desde ese momento los partidos tradicionales, AD y COPEI, fueron crecientemente señalados como responsables del deterioro económico del país y comenzaron a perder electorado a un ritmo muy acelerado.

Responsabilidades de los partidos tradicionales

Si bien la corrupción de los partidos tradicionales no es la causa de la crisis económica que muchos ciudadanos les atribuyen, sí son responsables de haber provocado o aumentado la desconfianza en el sistema político existente. Los compromisos electorales y las declaraciones y actitudes de algunos líderes ante los acontecimientos políticos venezolanos han tenido importantes efectos negativos sobre la democracia. Cuando en 1992, aprovechando el descontento generado por las reformas económicas de Carlos Andrés Pérez, se produjeron los dos intentos fallidos de golpe de Estado por parte de Hugo Chávez, numerosos líderes mostraron su simpatía ante tal acción. Un caso paradigmático fue el de Rafael Caldera, ex-presidente del país que, al no ser elegido candidato por su partido COPEI para las elecciones de 1993, comenzó a preparar su propio espacio político. Caldera, en lugar de defender el orden constitucional, se sumó a las críticas del militar contra los corruptos partidos tradicionales, incluido aquél al que él perteneció. Poco después presentaba su candidatura al frente de una nueva formación, Convergencia Nacional, con un discurso claramente populista, anti-partido y contrario a las políticas de ajuste que aplicó tras ganar las elecciones. Se confirmaba así aún más en la mente de los votantes esa asociación entre corrupción-ineficacia-falsedad y los partidos tradicionales.

El sistema venezolano de partidos estaba definitivamente quebrado cuando se convocaron las elecciones presidenciales de 1998 que ganó Hugo Chávez. La desconfianza en ellos era tan obvia y las críticas tan extendidas, que la búsqueda de un líder capaz de enfrentar la imagen honesta y resuelta de Chávez fue desesperada. La apuesta final se hizo confiando en candidatos no pertenecientes a ninguna formación política, algunos tan inesperados como la Miss Universo Irene Sáez a la que el COPEI secundó durante la campaña. La falta de un proyecto alternativo al de Chávez y su escasa credibilidad, fomentaron en los partidos divisiones constantes y apoyos mudables. Tan sólo una semana antes de la elección presidencial, Acción Democrática revocaba la candidatura por ellos propuesta de Alfaro Ucero y recomendaba votar por un independiente, Enrique Salas Römer. Casi al mismo tiempo, el COPEI retiraba su respaldo a Irene Sáez para ofrecerlo al mismo candidato en un intento desesperado por vencer al único que mantuvo una línea clara de discurso durante toda la campaña, Hugo Chávez.

⁷ En los países latinoamericanos que experimentaron en los años ochenta procesos de hiperinflación, como Argentina o Perú, la ciudadanía estuvo más dispuesta a aceptar esas reformas que los venezolanos.

Acumulación de poder y desconocimiento de la oposición

Hugo Chávez ganó las elecciones a la presidencia con el 56,20% de los votos, aunque no logró la mayoría en el Congreso donde AD y COPEI retuvieron una considerable representación. Desde su llegada al Gobierno impuso su característico estilo, de un personalismo extremo, y buscó el apoyo directo de los ciudadanos a través de proyectos como el Plan Bolívar 2000 —un programa asistencial implementado por las Fuerzas Armadas y destinado a aliviar la pobreza que ha convertido a amplios sectores de desfavorecidos en sus seguidores más fieles—.

Enfrentado desde el principio de su mandato con el Congreso, su primera acción de Gobierno fue llevar a cabo una refundación de la República. En 1999 convocó a los venezolanos a las urnas en tres ocasiones: para aprobar en referéndum la idea de hacer una nueva Constitución, para elegir a los miembros de la Asamblea Constituyente encargados de realizarla y para aprobar el texto final. Los partidos tradicionales, sumidos en fuertes disputas internas, no fueron capaces de articular una respuesta contra la propuesta de Chávez. El resultado del referéndum fue favorable a la redacción de una nueva Constitución y el Polo Patriótico logró dominar la Asamblea Constituyente que la redactó.⁸ Aprobada la nueva Constitución, que amplió el poder presidencial hasta límites extremos, fueron convocadas otras elecciones para ajustarse al marco por ella establecido. Las celebradas en julio de 2000 otorgaron a Chávez la presidencia con el 59,8% de los votos, triunfo electoral que él interpreta como muestra del amplio respaldo de los venezolanos a sus planes de cambio. Sin embargo, y para entender la contundencia de las actuales movilizaciones contra él, no hay que olvidar que en dichos comicios se registró una abstención del 44%.⁹ De ese 56% que sufragó, el 59,8% lo hicieron por Chávez y un 37,5% por Francisco Arias, compañero de armas y de revolución del presidente ahora enfrentado con él. El apoyo al presidente, aunque importante, no es tan contundente como él hace ver ni suficiente para acallar el rechazo creciente de una oposición que ha empezado a organizarse.

El manifiesto desprecio de Hugo Chávez por los partidos y las instituciones democráticas y el autoritarismo con el que está ejerciendo el poder han favorecido el contacto entre la oposición movilizada. La corrupción sigue estando presente en Venezuela y el presidente ha recurrido al vicio por él siempre criticado de nombrar a allegados no calificados para cargos de gran responsabilidad. A las protestas de partidos y sindicatos se han sumado ahora los empresarios y parte de las Fuerzas Armadas que no aceptan su acercamiento público a Fidel Castro ni a las FARC colombianas. Un año después de comenzado este nuevo mandato, el país se halla dividido y la oposición dispuesta a ganar en la calle las oportunidades que dejó pasar en los comicios.

⁸ La amplia representación en la Asamblea Constituyente del Polo Patriótico se vinculó estrechamente a los cambios introducidos en el sistema electoral poco antes y que premiaron al partido más votado con una fuerte representación. Con un 60% de los votos, el Polo obtuvo el 90% de los puestos en dicha Asamblea. Martín Tanaka, *La situación de la democracia en Colombia, Perú y Venezuela a inicios del siglo*, Informe para la Comisión Andina de Juristas, Lima, noviembre de 2001.

⁹ *Ibidem*.

Repercusión y semejanzas en América Latina

El pulso entre Chávez y la oposición no ha sido resuelto, por lo que es previsible que continúen las movilizaciones y la presión encaminada a lograr una convocatoria de elecciones que posibilite superar el clima de enfrentamiento civil existente en Venezuela. El ascenso de Chávez a la presidencia de la República y su forma de gobernar, respaldada por una parte importante de la ciudadanía pese a su desprecio por las instituciones democráticas son, sin embargo, una importante llamada de atención sobre los procesos de desconfianza en la democracia que no son exclusivos de este país. La elección presidencial de Alberto Fujimori en Perú se dio también en una coyuntura de desintegración de los partidos tradicionales semejante a la de Venezuela.¹⁰ Su compromiso de acabar con la corrupción y la violencia, y el convencimiento de que podría desarrollar políticas de crecimiento capaces de acabar con la pobreza, explican la confianza de millones de electores, hasta que su propia corrupción y el incumplimiento de sus promesas terminaron con su Gobierno. La oposición tomó las calles para enfrentarse a Fujimori y durante años quedó demostrada, como en Venezuela, la dificultad de los partidos para reorganizarse y responder adecuadamente a las expectativas de la ciudadanía. En otros países latinoamericanos se repite esa combinación de crisis económica y profunda erosión del sistema de partidos tradicional que arroja sombras sobre el futuro desempeño democrático de la región.

Venezuela, como otras democracias latinoamericanas, debe enfrentarse a tener que sobrevivir en un contexto económico extremadamente difícil. Desde que en los años ochenta se produjera un retorno generalizado a la democracia después de un largo período de autoritarismo, América Latina vive sumida en una devastadora crisis económica. El modelo de crecimiento que los Gobiernos latinoamericanos aplicaron entre los años treinta y sesenta basado en la industrialización ha demostrado su inviabilidad, pero no ha podido ser sustituido por otro que genere tasas de crecimiento semejantes a las de aquél. Las medidas encaminadas a eliminar el déficit fiscal y la apertura de la economía en la línea establecida por el Fondo Monetario Internacional no ha ofrecido la recuperación económica esperada y está imponiendo a los Gobiernos serias limitaciones para aplicar programas de reactivación económica.¹¹ Sin un crecimiento sostenido no existirá la posibilidad de implementar políticas capaces de sacar de la pobreza a los crecientes sectores de población que la padecen y se acentuará esta línea de actuación que responsabiliza a los partidos de las malas condiciones de vida del país. El empeoramiento de los indicadores sociales y económicos y la falta de expectativas crean un contexto especialmente duro para la buena marcha democrática y favorecen la aparición de *outsiders* poco afines a sus instituciones como Fujimori o el propio Chávez.

En este contexto económico los partidos latinoamericanos deben afrontar un doble reto. Por un lado, tendrán que encontrar la forma de generar un crecimiento

¹⁰ Paul Drake, *Crisis in the Andes*, Mimeo, 2001.

¹¹ Luis Carlos Bresser Pereira y José María Maravall, *Las reformas económicas en las nuevas democracias*, Alianza Universidad, Madrid, 1995.

sostenido y aplicar políticas que hagan de la eliminación de las desigualdades su primer objetivo. La superación de esta meta no depende sólo de la voluntad de los partidos en el Gobierno, puesto que su margen de maniobrabilidad está estrechamente condicionado por pautas marcadas desde el exterior. En segundo lugar, los partidos tendrán que recuperar la confianza de los ciudadanos y convencerles de su capacidad para desarrollar estrategias de futuro. Reconocer sus errores pasados y reorganizarse en torno a liderazgos renovados son dos tareas urgentes. Durante décadas, los sistemas de partidos en América Latina se estructuraron aprovechando los recursos del Estado para mantener redes clientelares con los electores, que en medio de la actual crisis económica y del drástico recorte de los gastos estatales, se han disuelto generando una extrema volatilidad en el voto.¹² Las estructuras políticas y económicas de Venezuela y América Latina necesitan, sin duda, un profundo cambio, aunque la experiencia acumulada en estas dos últimas exige una revisión de las bases sobre las que éste se está desarrollando.

¹² Ludolfo Paramio, *Op. Cit.*